Miércoles, 08 de junio 2016

Morir de progreso

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/06/they-died-of-progress.html

Yo pretendía en el post de esta semana del Informe Archidruida continuar con la discusión sobre educación que comenzó hace dos semanas, pero eso va a tener que esperar un poco. Como mis lectores han comprobado en los últimos diez años, la musa que guía estos ensayos es una dama de hábitos muy irregulares y sucede a menudo que lo que tiene que decir no es lo que estaba previsto; ésta es una de esas ocasiones.

En la entrega del mes pasado de mi narración sobre la Retrotopía, uno de los personajes resumió su posición en algo parecido a una herejía intelectual que dejó desconcertado al personaje principal. Su argumento era que el progreso se ha convertido en el enemigo de la prosperidad. Eso es algo que ni siquiera se puede sugerir en la sociedad actual; la respuesta del representante del Estado pro-BAU ("Con el debido respeto, eso es una locura"), es una minucia en comparación con el tipo de reacciones que he observado de forma rutinaria cada vez que he sugerido que el progreso, como todo en el mundo real, está sujeto a la ley de los rendimientos decrecientes.

No obstante, lo inconfesable ha convertido en inevitable en el mundo actual. Es una broma de internet que la palabra “actualización” significa casi siempre un servicio de peor calidad, menos beneficios y más molestias para los que tienen que lidiar con un producto nuevo y supuestamente mejorado. La misma lógica puede aplicarse por igual a todo el conjunto de la tecnología moderna. Las cosas nuevas, las innovaciones revolucionarias, lo que va a cambiar los paradigmas, y toda la habitual letanía de adjetivos rimbombantes, no es necesariamente una mejora. Puede ser, y así ocurre muy a menudo, un desastre. Pueden encontrarse innumerables ejemplos, pero tengo en mente un tipo muy concreto de casos.

Para dar sentido a esos ejemplos, es necesario hablar de asuntos militares. Al igual que con la mayoría de lo que ahora pasa en Estados Unidos, la conversación colectiva de nuestro tiempo proporciona dos y sólo dos maneras aceptables para discutir y ninguna de ellos tiene nada realmente útil que decir. La primera de ellas, común entre el actual plantel de seudoconservadores estadounidenses, consiste en apoyarlo todo acríticamente, sin pensar; la segunda, común entre los seudoliberales de todo el mundo industrial, consiste en un conjunto de lugares comunes moralizantes. Particularmente no me quiero centrar por ahora en las muletillas moralizantes, puesto que aparte de decir que sí, que la guerra es horrible, el caso es que no va a desaparecer; y no es particularmente edificante ver a los miembros de las clases privilegiadas en los países que actualmente están en la cima del orden internacional insistir piadosamente en que la guerra debe abandonarse para siempre, justo ahora que quieren conservar para sus propias naciones las posiciones que ganaron y aún mantienen gracias a las armas y no hace muchas décadas.

El porrismo (la actuación de animadoras deportivas o “cheerleaders”) es otra cosa y requiere un análisis más detallado. Es común entre los seudoconservadores de la derecha en estos días insistir en que los Estados Unidos es, por definición, la nación más poderosa del mundo, con tan abrumadora superioridad de poderío militar que todas las demás naciones, inexcusablemente, tendrán que someterse a nuestra voluntad o ser aplastadas. Ese tipo de pensamiento apoya la manía de la intervención extranjera que guía a los neoconservadores como Hillary Clinton en su feliz camino, en derribar gobiernos y desestabilizar naciones bajo la ilusión de que estas pequeñas aventuras nunca tendrán consecuencias para los Estados Unidos.

En los Estados Unidos de hoy, una gran cantidad de este tipo de “palmeros” se centra en los sistemas de armamento de alta tecnología —algo inevitable, ya que gran parte de la cultura popular contemporánea norteamericana es chismocéntrica hasta la locura—. Si entras en una web que se ocupe de asuntos públicos desde una perspectiva de centro-derecha, hay muchísimas probabilidades que encuentres una serie de artículos alabando las glorias de una u otra tecnología militar con esa especie de éxtasis húmedo que los adolescentes reservan para las páginas centrales de ciertas revistas picaronas. Idéntica

actitud se puede encontrar en una increíble variedad de sitios en estos días, incluyendo comunicados de prensa del Pentágono y discursos rimbombantes de políticos que están a resguardo de las realidades de la guerra.

Sólo hay una pequeña dificultad en este caso, que es que una gran parte del hardware en cuestión no funciona.

El diestro destacado en la corrida es el avión de combate F-35 Lightning II. Se da la circunstancia de que recientemente he tenido unos embarazosos encontronazos con este avión, por una curiosa razón. Allá por 2013 y 2014, cuando estaba escribiendo mi novela "Twilight's Last Gleaming", describí lo que yo pensaba que era una estimación razonable del capacidad de combate del F-35 frente a los J-20 y J-31 (cazas chinos). Esta evaluación no estaba muy de acuerdo con las cuentas de la lechera que acabamos de mencionar; el F-35- (llamado en mi novela el "caldero de sebo, Lardbucket") por los pilotos de la USAF debido a su corto alcance y pobre rendimiento en el aire quedó claramente en segundo lugar, sufriendo tres derrotas por cada dos aviones chinos derribados.

Y sin embargo, resulta que incluso el rendimiento del F-35 era en mi novela demasiado optimista. Cuantos más datos asoman de entre la Escila de los anuncios publicitarios de Lockheed y el Caribdis de sus homólogos en la Fuerza Aérea, se hace más claro que el "Lardbucket" es una birria de avión, tan falto de potencia y sobrecargado de artilugios que funcionan mal que con seguridad casi todos los aviones de combate en servicio actualmente lo podrían superar. Por ejemplo, si están activadas las características ocultamiento del F-35, el avión sólo puede llevar dos misiles aire-aire y dos bombas —una cuarta parte de la potencia de fuego de aviones parecidos en otras fuerzas aéreas—.

Hay numerosos informes, vehemente negados por Lockheed y por el Pentágono, pero todavía no refutados mediante una simple demostración práctica, que afirman que la versión de despegue vertical del avión tiene tan poco empuje que ni siquiera es capaz de despegar con el depósito de combustible lleno. Eso sí, este delicado objeto es el programa militar más caro de la historia, que se prevé costará al Pentágono unos $ 1,5 billones (europeos) de dólares cuando se formalice el pedido. Mientras tanto, los rusos y los chinos están fabricando aviones de combate rápidos, fuertemente armados, maniobrables y de largo alcance por una fracción del precio del F-35, y los aviones entran en servicio, mientras que los F-35 se arrastran a duras penas acumulando un retraso tras otro en su producción.

Algunos de mis lectores se estarán preguntando si esto sólo es una manzana podrida en un barril de manzanas sanas. No es así. La Armada también tiene entre manos un proyecto del que avergonzarse, el Buque de Combate Litoral (Littoral Combat Ship, LCS), otra carísimo fracaso de la alta tecnología. Cada LCS cuesta $ 37.000 millones, y se ha comercializado como el alfa y omega de los barcos de guerra costera. Si esto te suena parecido a los elogios prodigados al F-35, estás en lo cierto; los resultados son comparables.

Al igual que el F-35, el LCS está lleno hasta los topes con cachivaches de alta tecnología que no funcionan como se anuncia, y su funcionamiento es tan delicado que después de un error menor de mantenimiento, uno de los pocos LCS en servicio ha estado amarrado cinco meses en el puerto de Singapur mientras los técnicos tratan de averiguar si hay manera de repararlo en vez de remolcarlo por todo el Pacífico hasta el astillero. Mientras tanto, los chinos están construyendo una nueva flota de barcos de combate litoral rápidos y fuertemente armados por una pequeña fracción del coste.

¿Dos manzanas podridas? Piensa en el sistema de defensa antimisiles SBX, que se suponía iba a realizar un seguimiento de los misiles balísticos entrantes y eliminarlos en el cielo. Es un fiasco de $ 10.000 millones; nada funciona: los láseres volantes, los cohetes antimisiles, el gigantesco radar marítimo, nada hace lo que se supone que debe hacer. Considera el Sistema de Apoyo de Combate Expedicionario (ECCS) de la Fuerza Aérea, un sistema informático diseñado para gestionar la logística para despliegues en el extranjero, que se comió mil millones de dólares en siete años antes de ser cancelado por ser un completo fracaso. Piensa, por lo demás, en el nuevo uniforme de camuflaje pixelado del Ejército, $ 5.000 millones en su fabricación, que tuvo que ser desechado cuando se descubrió que destaca como un pulgar dolorido en todo tipo de ambiente en la Tierra.

Podría seguir. Se vendieron estos programas (y muchos otros) a los políticos y al público con fastuosos anuncios sobre su capacidad para llevar a cabo todas las misiones militares imaginables. Al final resultó que estaban muy bien diseñados para llevar a cabo ataques devastadores al Tesoro de los Estados Unidos, y eso fue todo. El ejército de Estados Unidos es sin duda el más caro del mundo, y está más equipado que cualquier otro con un llamativo surtido de pequeños objetos de alta tecnología, pero no está realmente tan bien preparado para llevar a cabo su más evidente propósito, la guerra. Los resultados se pueden ver con dolorosa claridad en los últimos tres cuartos de siglo de historia militar de Estados Unidos. Pregúntate esto, querido lector: desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ¿cuántas guerras, de las que ha participado, ha ganado Estados Unidos?

Aquí hay dos factores en juego, y los dos se desarrollan a partir de patrones más amplios de la sociedad americana. El primero es que los Estados Unidos han sucumbido a una notoria cleptocracia de una magnitud que hace que babeen de envidia los dictadores del Tercer Mundo. En los Estados Unidos de hoy, un gran número de dirigentes, públicos y privados por igual, ven sus cargos como oportunidades para el saqueo descarado. Ten en cuenta los programas compra de autocartera que son la norma entre las empresas del Fortune-500 en estos días. La compañía gasta su dinero en la compra de acciones para inflar los precios, aumentando el patrimonio de los altos dirigentes corporativos, que reciben enormes paquetes de acciones como parte de su salario. El gasto de los fondos de negocio para el beneficio personal de los directivos influyentes, que cuentan con información privilegiada, antes era considerado (y perseguido judicialmente) como constituyente del delito de malversación; ahora es negocio como de costumbre, y sin ni siquiera hablar de los salarios absurdos y las bonificaciones que actualmente caen a paladas en el saco de los directores generales y otra bienpagada fauna de oficina.

En la otra cara de la moneda tenemos funcionarios públicos que prestan servicio en distintas posiciones en las que pueden beneficiar intereses corporativos, y que luego dejar sus puestos de trabajo y son contratados por las empresas que los utilizan como, ejem, consultores, pagándoles con salarios desorbitados por un trabajo banal. ¿Corrupción? No encuentro un nombre más adecuado, y ha jugado un papel importante en los suministros a las fuerzas armadas de Estados Unidos: aviones de combate que no combaten, camuflajes que no camuflan y así sucesivamente, en un extenso catálogo de gastos en fracasos militares que suministran a los soldados, marinos y pilotos de Estados Unidos un material vergonzosamente deficiente.

Sin embargo, hay algo más en juego. Todos los más flagrantes ejemplos de fracaso en las adquisiciones militares de los últimos años han tenido algo en común: se supone que son nuevos avances revolucionarios que utilizan nueva tecnología, y así aparecen siempre, machaconamente, con la retórica más usada de nuestra época. Los fallos en cascada de los F-35 pueden ser directamente achacados a ese tipo de pensamiento; sus diseñadores aparentemente creían de buena fe que toda innovación debe ser una mejora y así surgió un avión que falla de las maneras más innovadoras que uno pueda imaginar. El LCS, el SBX, la ECCS, los uniformes de camuflaje pixelados, todo fue víctima de la misma trampa de sus diseñadores: estaban tan ocupados haciéndolos revolucionarios que se olvidaron de hacer que funcionasen.

Comparemos esto con el enfoque muy diferente de la otra gran potencia (Rusia) y no es difícil ver dónde falla esta discutible lógica. El enfoque que ha dado Rusia a la tecnología militar ha sido evolutivo, no revolucionario. Donde los EE.UU. nos propusimos crear un sistema de defensa de misiles antibalísticos desde cero, Rusia tomó el enfoque incremental. Comenzaron con el sistema S-300 de defensa aérea, un robusto equipo de la era soviética diseñado para derribar aviones, misiles crucero y similares, y sobre esa base se fue construyendo con precaución, pasito a pasito.

Así pues, el S-300 dio lugar a su debido tiempo al S-400, que tenía una cantidad de mejoras incrementales sólidamente probadas, y luego al S-500 —previsto para que se ponga en funcionamiento este año — que añade la posibilidad de destruir misiles balísticos entrantes en el espacio cercano. La lógica de Rusia era tan sencilla como irrefutable: si quieres algo que sirva para destruir una gran cantidad de objetos muy rápidos a gran altura, comienza con algo que pueda destruir un número más pequeño de objetos más lentos en altitudes más bajas, y a partir de ahí ve haciendo cuidadosos retoques. Ese enfoque funciona; el nuestro no.

Lo que hace que la obsesión americana por los avances revolucionarios sea tan disfuncional no es sólo que muy a menudo produce resultados de calidad inferior; es que están siendo pagados a costa de las necesidades militares esenciales. Ejemplo al canto. El Cuerpo de Marines de los Estados Unidos tiene, sobre el papel, una importante flota de cazabombarderos F/A-18 Super Hornet (276 de ellos). Pero de hecho, menos de un tercio de ellos está en condiciones de volar. Los marines están tan cortos de repuestos que sus mecánicos tienen que decidir qué aviones mantienen en condiciones de vuelo y que aviones se despiezan para obtener recambios. Los helicópteros que usan los Marines para transporte de tropas de barco a tierra están en la misma condición, con 105 de 147 helicópteros Super Stallion más o menos permanentemente en tierra. Hay muchos otros ejemplos. Ahora, entre los fiascos de alta tecnología que no funcionan y las tecnologías que han sido privadas de mantenimiento y de repuestos, el ejército de Estados Unidos está en estado lamentable

La excepción que confirma la regla es el armamento nuclear, que ha estado ignorando firmemente los cachivaches de alta tecnología durante décadas. Resulta que, por ejemplo, los sistemas de lanzamiento de misiles balísticos intercontinentales (ICBM) con cabezas nucleares aún utilizan disquetes flexibles de 8 pulgadas para almacenar los códigos de lanzamiento. Esos misiles balísticos intercontinentales, por cierto, son Minuteman III, que entraron en servicio en 1970, el misil que se suponía que iba a reemplazar al Minuteman, el MX Peacekeeper, fue desplegado en la década de 1980, pero resultó ser uno más de los carísimos elefantes blancos del Pentágono, y fue desmantelado sin hacer ruido entre 2003 y 2005.

Las otras dos patas del llamado trípode nuclear son igualmente venerables ancianos. El submarino nuclear Trident es otra tecnología de 1980, que todavía resopla tranquilamente en la distancia cumpliendo con su misión, mientras que la pata del aire todavía se basa en el vetusto B-52, un diseño de 1950 con modestas mejoras incrementales incorporadas. Hubo dos intentos de reemplazar el B-52; el B-1, que resultó ser un avión pésimo que hoy no serviría ni para misiones rutinarias de bombardeo terrestre, y el bombardero B-2 Stealth, que era tan caro que sólo 12 de ellos están en servicio, y ya no es para nada invisible a los sistemas avanzados de defensa aérea. Dado que las armas nucleares son un recurso militar de Estados Unidos que siempre debe estar listo para funcionar, bajo cualquier tipo de condición, se dice que los planificadores del Pentágono han permitido en silencio que allí se mantengan en servicio tecnologías viejas pero resistentes, aunque es una incógnita saber hasta qué punto se mantienen operativas tales tecnologías.

Esa estrategia probablemente no será viable en el largo plazo. El fraude en las compras militares es tan antiguo como la guerra, y el exceso de inversión en el último cacharro de moda es habitual, al menos tan lejos como llegan los registros históricos. Los estamentos político y militar de cada nación tienen que lidiar con ambos, y la mayoría de ellas logran mantenerlos (fraude y exceso de inversión en tecnología militar) dentro de los límites necesarios para garantizar la supervivencia nacional. Aquellas naciones que no son capaces de ponerles coto van normalmente cuesta abajo, y ese tipo de fallo es particularmente común en los últimos años de vida de las grandes potencias.

Aquellos de mis lectores que han leído sobre los estertores de imperios ya desaparecidos (Austro-húngaro y Otomano, la Rusia de los Romanov, la España de los Austrias, y así sucesivamente en la larga lista de esquelas de la historia) ya conocen el resultado: el estado imperial queda reducido a una concha enorme pero frágil, invencible en apariencia, pero sorprendentemente vulnerable de hecho, descansando cada vez más inseguro sobre una frágil base de armamento ineficaz o inútil, en descomposición y con instalaciones abandonadas; con una dirección política alegremente inconsciente de la brecha entre sus fantasías de invencibilidad y la realidad del aumento de las penurias del sistema; un alto mando demasiado ocupado acolchando con plumas su propio nido y ejerciendo juegos políticos para ocultar el ensanche de las grietas; y un cuerpo cada vez menor de funcionarios que de verdad sirven al pueblo, con exceso de trabajo, mal pagados y desmoralizados, que, no obstante, siguen luchando para apuntalar toda la delicada maraña hasta que el desastre inevitable termine por barrer sus esfuerzos definitivamente.

Todo esto es algo conocido. Lo que es diferente en la situación actual, sin embargo, es la convicción casi universal en la sociedad americana, de arriba a abajo, de que las lecciones que enseñan con tanta insistencia el F-35 y sus vergonzosos compañeros ni pueden ni deben aprenderse. Sin embargo, otra

ronda de tecnologías de vanguardia, innovadoras, revolucionarias no va a resolver los problemas militares de los Estados Unidos, ya que esos problemas fueron causados o empeorados por rondas previas de vanguardistas tecnologías, innovadoras y revolucionarias. Sin embargo, esa es la sabiduría convencional de los Estados Unidos de hoy (y de un vergonzoso número de sus aliados) mientras la historia no ofrece ningún estímulo a aquellos que quieren pensar que esto puede acabar bien.